

LESTER DEL REY
EL AMADO DE LOS DIOSES
y otros relatos

SUPER
FICCIÓN



Lester del Rey (seudónimo de Ramón F. Álvarez del Rey) es un maestro del cuento breve, como ya quedó demostrado en la antología *El dios más pequeño y otros relatos* (Colección Super Ficción N.º 47). En esta segunda antología el autor nos presenta doce relatos nuevos, característicos de su original producción.

*A la memoria de John W. Campbell,
gran editor, que me enseñó a escribir.
Y a Howard De Vore, por las pruebas
de amistad que me ha dado.*

Saint Louis vivía el *boom* de la guerra cuando llegué allí en mayo de 1942. Sin embargo, no tuve problemas para encontrar alojamiento en los barrios nuevos. Alquilé una habitación en un hotelito del bulevar Lindell, a un par de manzanas de la pensión donde se alojaba mi novia. Me cobraban la exorbitante cantidad de siete dólares a la semana, pero compartía un baño con la habitación contigua y tenía teléfono, lo que representaba un verdadero lujo para mi en aquella época. Me instalé tan pronto como llegó mi baúl, distribuyendo mis máquinas de escribir. Todavía contaba con lo que, a mis ojos, suponía una cantidad adecuada de dinero, de modo que decidí descansar del esfuerzo de la mudanza yendo a conocer el restaurante local en que tomaría el desayuno y el almuerzo y efectuando la primera visita a la ciudad.

Durante mi entrevista con Campbell, antes de mudarme, éste me había mostrado la ilustración para una portada de alguien llamado Munchausen (*sic*). Se trataba de una de esas escenas «astronómicas» que a Campbell le gustaba publicar de vez en cuando, un tosco cohete y varias figuras de pie junto a una especie de desfiladero, en la Luna, con la Tierra sobre sus cabezas y un Sol brillante en el espacio. Me sugirió escribir un cuento largo basándome en esa portada, unas veinte mil palabras. Dispondría de tiempo suficiente y me enviaría una copia fotostática de la cubierta. Nunca había intentado escribir a partir de una ilustración. En *Astounding*, no se solían comprar las ilustraciones primero, aunque la práctica era habitual en otras revistas. Me pareció un interesante desafío.

De modo que aguardé la copia. Algunas vagas ideas me daban vueltas perezosamente en la cabeza. Comprendí que tropezaría con dificultades. Ya por entonces las historias sobre el primer aterrizaje en la Luna estaban pasadas de moda. No era fácil encontrar algo nuevo. Rechacé un montón de proyectos, y seguía pensándolo cuando llegó la carta de Campbell.

Sin embargo, sin duda había cometido un gran error al exponerme sus planes, o bien yo no le había entendido. No me mandaba copia de la ilustración. Por el contrario, la carta comenzaba diciendo que planeaba incluir la tal ilustración en la edición de octubre y que íbamos muy atrasados. Esperaba que mi cuento estuviera ya en camino. Lo necesitaba en su oficina a fines de semana. Si no, se vería obligado a buscar otro escritor para esa cubierta.

Naturalmente, se trataba de un retraso en el correo. Campbell había echado la carta el lunes y ya estábamos a miércoles... Mi manuscrito no llegaría a tiempo si aguardaba al día siguiente para despacharlo.

Por fortuna, tengo una memoria visual bastante buena, aunque ignoro por qué razón, mis cuentos raras veces incluyen demasiados detalles de tipo visual. Veo el ambiente en mi imaginación, pero nunca lo transmito al papel. Estaba bastante seguro de recordar el número de las figuras que había en torno a la nave. Eso no constituía ningún problema.

Inventar la trama, sí. La carta había llegado a eso de las nueve de la mañana. Salí a desayunar, dando vueltas en mi cabeza a todas las trivialidades que se habían escrito alguna vez sobre la Luna. Y de algún modo, tal vez a causa de la misma urgencia, encontré el primer esbozo de una idea. Los primeros en llegar a la Luna, ¿eran de verdad los primeros? ¿O sólo lo creían así?

A partir de eso, logré idear el resto de la historia antes de terminar el desayuno, y tracé los rasgos de mi protagonista. El resto ya iría surgiendo a medida que lo escribiese.

(Algunos escritores gustan de sorprenderse a sí mismos con el desarrollo de una simple idea. Yo odio empezar antes de conocer hasta el último detalle. No obstante, en ciertos casos, pocos, he descubierto que puedo trabajar del otro modo, aunque los resultados difícilmente son tan buenos).

De modo que volví a mi cuarto, me senté ante la Oliver, puse una hoja y empecé a escribir. No me levanté hasta terminar la última de las veinte mil palabras. Luego marché a tomar un bocado a toda prisa, regresé corriendo ante la máquina y lo pasé todo a limpio.

A las diez de esa misma noche, llevé el manuscrito terminado a la oficina de correos y lo despaché, incluyendo una notita que no decía expresamente, pero sugería con toda claridad que, por suerte, sólo había tenido que perfilar los detalles. Ya en casa, me desplomé sobre la cama en silencio.

No creo haber engañado a Campbell con mi nota. Aceptó la narración, pero me pagó sólo lo justo. Sabiendo lo que sé ahora acerca de los editores inteligentes (y él era de los más inteligentes), sospecho que pude tomarme más tiempo y efectuar un trabajo mejor. Con casi absoluta seguridad, intentaba paliar mi tendencia a dejarlo todo para última hora, con la idea de que le enviase mi narración el sábado, a fin de disponer de ella el lunes.

A veces pienso que ningún escritor debería saber una palabra sobre editores y editoriales. Al parecer, hay una especie de contienda inherente a las relaciones entre escritores y editores, en la que cada uno trata de engañar al otro.

Y funciona muy bien, por cierto, hasta que el escritor se vuelve tan sofisticado como para engañarse a sí mismo.

De todos modos, ésa fue mi primera lección sobre cómo escribir en condiciones de máxima urgencia, lección que me fue útil en otras muchas ocasiones. Ahora, ya no temería un encargo urgente. Debo mucho, por lo tanto, a *Alunizaje*.

Alunizaje

por Lester del Rey

1

El cuerpo de Grey estaba cubierto de un sudor frío, que resbalaba desde sus sobacos y se condensaba en gotitas sobre su cuerpo. Se agitó en su saco, gimiendo suavemente. Debió de despertarle el sonido de su propia voz, porque salió de su sueño, en el que caía de manera interminable hacia una conciencia creciente. La sensación de caída persistía. Esbozó un gesto instintivo y frenético, buscando algo a qué asirse. Sus manos encontraron el flojo tejido del saco. Hizo una mueca.

Aun antes de tocar la trama, la reacción de sus movimientos debió de aclararle dónde se encontraba, cuando su cuerpo chocó contra la parte opuesta de la superficie del saco. Aquello era el espacio. La gravedad había quedado muy atrás, salvo por los delicados dedos que ahora se acercaban cautelosamente desde la Luna y le empujaban de nuevo hacia la parte superior del saco. Por unos segundos, permaneció allí, sonriendo apenas al recordar los cuentos que había leído, según los cuales la falta de gravedad hacía latir agitado el corazón o contraerse el estómago. Pero el espacio no era así. Ahora lo sabía y, en realidad, debió de haberlo sabido antes. Se parecía muchísimo a los primeros momentos de la caída libre, antes de abrirse el paracaídas, como una sensación de paz, al comprender que

no había peligro. Y el corazón se veía liberado de parte del esfuerzo necesario y se ajustaba a un latido tranquilo y fácil, mientras que el estómago controlaba la situación. No era la falta de gravedad, sino sus modificaciones, lo que provocaba el mareo.

Por supuesto, notaba en los oídos una sensación extraña... una sensación de mareo, que aumentaba poco a poco a medida que los líquidos internos quedaban libres del tirón de la gravedad. No obstante, las horas en la cámara de aclimatación surtieron su efecto, y el malestar pasó pronto. La mayor dificultad consistía en la adaptación mental precisa para superar la costumbre de tener algo debajo y considerar las seis paredes iguales. Una vez logrado, el espacio se convertía en una cosa muy agradable.

Con la escasa energía necesaria para moverse allí, tendió la mano y abrió la cremallera que había sobre él. Salió culebreando de su saco de dormir y bajó hasta el suelo, sujetándose a las cuerdas adosadas a las paredes y que servían de agarraderas. La cámara, pequeña y cargada con los olores de los cuerpos humanos colgados en otros tantos sacos apoyados contra las paredes, resonaba a causa de los ronquidos de Wolff y el silbido del aire acondicionado.

Uno de los sacos se abrió, y Alice Benson asomó la cabeza, sonriéndole con calma.

—¿Es usted, Grey?

¿Por qué al mirarla le abandonaba la impaciencia que debería sentir?

Demasiado vieja y frágil para embarcarse en un viaje semejante, sobre todo porque nada parecía justificar su presencia, la total normalidad de su conducta en tales condiciones resultaba extrañamente tranquilizadora. En la atiborrada y maloliente cabina de la *Polilla Lunar*, su porte conservaba una distinción que, según sospechaba él, ocultaba el sentimiento de urgencia que la invadía a veces.

—Sí, señora.

Los escasos modales que había aprendido salían a la superficie cuando se veía ante ella.

—¿Por qué no duermes? —se interesó.

Ella meneó la cabeza. Un asomo de sonrisa arqueó las comisuras de su boca.

—No podía, hijo. He vivido demasiados años con algo bajo mis pies para adaptarme tan bien como vosotros, los jóvenes. De todas formas, tiene sus compensaciones. Nunca había descansado tan bien, ni dormida, ni despierta. ¿Le apetece un poco de café?

Él asintió, acercándose con precaución gracias a las cuerdas que le servían de asidero, mientras que Alice Benson sacaba un termo de un armario y reemplazaba el tapón por otro con dos pajillas incrustadas. Sobre sus cabezas, Wolff seguía roncando y gargarizando de un modo muy desagradable. La mujer miró disgustada hacia su saco, pero no dijo nada. Grey tomó agradecido el café, sorbiendo lentamente por una de las pajillas. Las tazas hubiesen sido más que inútiles, ya que los líquidos, negándose a caer, formaban burbujas redondeadas, que conservaban su forma gracias a la tensión superficial.

—Ralston fue ya a encargarse de las máquinas —explicó ella, respondiendo a la mirada de Grey hacia el saco vacío—. Y June sigue en la cabina de mando. Los demás duermen. Puse un sedante en su caldo para que no despertaran durante el aterrizaje. Yo también tomaré un sedante suave cuando inviertan la marcha. No tendrán que preocuparse por nosotros.

Grey apuró el café y le devolvió el termo, con una sonrisa de agradecimiento. Luego, se volvió hacia la angosta escotilla que llevaba a la cabina de mando. Un tirón a las cuerdas le envió deslizándose por la escotilla, aunque tuvo que guiarse apoyando una mano en la pared, antes de controlar su impulso en la parte inferior y abrir dificultosamente la portezuela. En el interior, June Correy, inclinada sobre la pantalla de observación, observaba por el pequeño teles-

copio, tomando notas en una libreta. Entró en silencio, sin molestarla, y se instaló en el acolchado asiento de control, sacando un cigarrillo.

June le miró nerviosa cuando llegó hasta ella el olor del tabaco y, por un breve instante, hubo algo más que mero desprecio en sus ojos. Unos ojos bonitos..., al menos cuando ella lo deseaba. Grey había visto ardor y coraje en ellos cuando el dificultoso despegue había inquietado a los demás. Pero para él sólo había una mirada que le recordaba invariablemente sus treinta y cinco kilos de peso y su metro cuarenta y cinco de estatura. Le sonrió, recorriendo con la mirada su esbelto cuerpo de un metro cincuenta, hasta los cabellos color de miel, reconociéndole en su pensamiento la belleza y sabiendo que ella la aprovechaba sin escrúpulos para lograr sus fines. El hecho de que él fuera exteriormente inmune a sus encantos no aumentaba el cariño que la chica le otorgaba.

Encogiéndose de hombros, June volvió a la pantalla de observación, fingiendo ignorar el humo que flotaba hacia ella, aunque las aletas de su nariz vibraron de modo casi imperceptible. Habituada a un paquete diario, sin duda se había fumado los cinco cigarrillos del racionamiento en unas horas.

—¿Un pitillo, Zanahoria?

—No me gusta abusar de los enanos.

Pero sus ojos se volvieron involuntariamente hacia el cilindro blanco que sostenía la mano de Grey.

—Ración de aterrizaje, especial para el piloto jefe —dijo éste, lanzándoselo—. Me concedieron un paquete entero para el momento del aterrizaje, por si necesitaba calmarme los nervios. Teniendo en cuenta tu grado técnico, no lo mereces, pero mi caballerosidad no soporta el sufrimiento femenino. Fúmatelo y deja de gemir.

El gruñido de ella fue muy elocuente, pero el cigarrillo ya estaba encendido. Cuando se recostó, había menos hostilidad en sus ojos.

—¡Caballerosidad! No conoces el significado de esa palabra.

—Quizá no. Hasta ahora, nunca había tratado a mujeres menores de sesenta años, de modo que no sé... Es verdad, no me mires así. Por lo que alcanzo a recordar las chicas me han acogido siempre como un veneno, cosa que no me molesta... ¿Nerviosa?

—Un poco. —Miró de nuevo a la pantalla—. La Tierra no parece tan amistosa desde aquí arriba. Y no consigo olvidar a Swanson. Debe de haberse estrellado, ¿no? ¿Estarán vivos, aún?

Grey meneó la cabeza. Aparte de la exploración, su expedición llevaba la misión de rescatar a Swanson, y sus dos hombres, si quedaba alguno con vida. Ochenta días antes, se había encendido la doble bengala de oxígeno y magnesio prevista para señalar un accidente, y las provisiones que llevaban no sobrepasarían el mes.

—Tal vez si sus provisiones no sufrieron ningún daño. Se aguanta mucho cuando no hay más remedio. Que hayan intentado salir antes de nuestra llegada depende de si esperaban o no que les rescatasen... Voy a invertir la marcha. ¿Te quedas?

June asintió. Grey levantó el pequeño teléfono que conectaba con la sala de máquinas.

—¿Ralston? Dispóngase a girar. ¿Los giróscopos están preparados? ¿Y la energía? Muy bien, ajústese el cinturón.

Y diciendo esto, se abrochó el suyo, al tiempo que June Correy se sentaba a su lado y le imitaba. Una última mirada al cronómetro, y Grey tendió la mano hasta la palanca del giróscopo, empujándola hacia abajo.

La *Polilla* se detuvo lentamente, dejando caer de mala gana su cola. A través de la pantalla de observación que tenía delante situada en paralelo con los tubos de escape de los cohetes, Grey vio alejarse el pequeño balón que era la Tierra, hasta desaparecer de la vista. Los segundos transcurrían con lentitud, mientras los giróscopos reaccionaban,

dando mil vueltas para que la *Polilla* diera media, ya que la relación entre su masa y la de la nave se reducía a medio kilo por tonelada. En el espacio no se precisaban maniobras súbitas. En cambio, importaba muchísimo ahorrar peso, aun cuando el combustible atómico proporcionaba la energía necesaria. Al fin, la rugosa superficie de la Luna apareció a un lado de la pantalla, y Grey apagó todas las luces de la cabina, enfocando el brillante visor de aquélla. Volvió a maniobrar los controles de los giróscopos, desplazando poco a poco la nave, hasta que el punto elegido quedó justo en el cruce de las líneas de la pantalla. Satisfecho, soltó la palanca.

—¡Buen trabajo, medio litro! No lo haces mal cuando se trata de trabajos delicados...

June había hablado en tono gruñón, pero él reconocía la justicia de sus palabras y las aceptó en lo que valían.

—¡Hum! Supongamos que pones en marcha la radio y llamas a la Tierra. Tan pronto como intensifique el chorro, te resultará imposible. El campo que se cree interferirá tu señal. ¿Sabes lo que tienes que decir?

—¿Después de trabajar cinco años en la agencia de noticias? No seas tonto. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Unos diez minutos.

—Bien. ¿Quieres enviar algún mensaje? ¿Amigos, parientes? Incluiré unas palabras en tu honor, si quieres. Para compensar el cigarrillo.

Ya estaba accionando la palanca de la radio, adelante y atrás, con objeto de dar la máxima potencia a las baterías. Así, la emisión atravesaría el espacio en forma de ondas ultracortas, capaces de integrar un rayo razonablemente compacto.

—Ni amigos, ni parientes, ni mensajes. Una vez tuve un perro, pero murió. Será mejor que lo olvidemos.

Grey, por su parte estaba calculando velocidades y distancias, sirviéndose de sus escasos instrumentos y la tosca guía que le proporcionaba la imagen de la Luna, sabiendo

que los cálculos efectuados en la Tierra eran mucho más exactos que los que él podía hacer, pero sintiendo la necesidad de comprobarlos, para su propia satisfacción.

June apartó la vista de la radio, mostrando un destello de curiosidad.

—Sabía que eras un tipo raro, Grey, pero no que fueras también misántropo.

—No, no soy un misántropo. Sólo que la gente no piensa como yo. Quizá porque nadie escribió nada sobre mis páginas en blanco. Todo lo que hay en ellas lo garabateé por mí mismo.

Se pasó una mano por el cabello de un gris acerado apartándolo de sus fríos ojos grises y sonriendo ante la imagen mental que se había forjado de su propia persona. Un ser fuera de todas las normas, ya que una piel humana sana no toma al tostarse ese color castaño oscuro sobre fondo gris, que le daba un tono uniforme.

—No hagas preguntas personales, Zanahoria, porque no podré contestarlas. Soy un amnésico. Mi madre fue una psicóloga de setenta años; mi padre, una enciclopedia, y mi escuela, la angustia de ganarme la vida.

No veía la cara de su compañera pero, cuando ella habló, en su voz no se advertía la piedad ni la sensiblería que estaba habituado a esperar cuando mencionaba los hechos.

—¿Y entonces, cómo elegiste venir?

—Ni siquiera lo sé. Supongo que por capricho... ¿Terminaste ya? En ese caso calla mientras intento que esto empiece a descender. La Luna no presenta muy buen aspecto, pero en algún lado encontraremos una zona nivelada para apoyar nuestro trípode. ¡Adelante, Ralston! ¡Con suavidad!

Los dedos largos y sensitivos de Grey se dirigieron a las clavijas que controlaban la acción del único tubo. Interrumpió los circuitos, dejando que se calentara, y dio después la enorme potencia necesaria para hacerlo arrancar, antes de realizar las maniobras normales. Una lucecita roja parpadeó

en el panel. Grey se echó hacia atrás, aumentando poco a poco la potencia, mientras que el borde de la pantalla más próximo al tubo se iluminaba con un suave resplandor azul y un vago brillo aparecía en derredor suyo. La infernal raya azul del escape de los cohetes fulguraba detrás de ellas... Delante, mejor dicho, ya que la llamada base de la nave se dirigía siempre hacia el punto de destino cuando se conectaba la energía de desaceleración. De llevar cohetes en ambos extremos, o a los lados, no se hubiera logrado controlar el peso. La aguja del gravígrafo comenzó a subir: desaceleración de un cuarto de gravedad, de media luego, una gravedad entera les golpeó por detrás.

La sensación de peso se abatió sobre Grey, provocando en su estómago una retardada sensación de náusea para la que se encontraba totalmente desprevenido. Por fortuna, fue momentánea. El ritmo de su corazón se aceleró a causa del esfuerzo rutinario por igualar presión y circulación y se regularizó en seguida, adaptándose a la fuerza de la gravedad. Pasó el paquete de cigarrillos a Correy, que encendió también uno para él. Hablar hubiese sido inútil en tanto se filtrase el rugido del cohete, martilleando sus oídos. Tal vez en teoría un cohete debería ser silencioso, pero éste en verdad que no lo era. Desde ahora hasta el momento de iniciar el verdadero aterrizaje, sólo se trataba de permanecer sentados en silencio, aguardando a que la ciega aceleración de la nave se redujera y disminuyera la distancia con un mínimo de atención por su parte. Se recostó, fumando perezosamente, sumido en sus pensamientos, reuniendo sin emoción sus recuerdos, estimulado por las anteriores palabras de Correy.

Según parece, ningún niño recuerda su primera infancia al llegar a la edad adulta. En cambio, una mente recién nacida en un cuerpo adulto puede absorber y recordar impresiones a las que no sabe dar nombre. Los ojos conservan su entrenamiento, y aíslan los objetos. Los oídos separan y clasifican los sonidos, aunque carezcan de sentido. Y aún aho-

ra, como si hubiese sucedido un momento antes, recordaba su despertar allí, en la extraña pradera verde, y sus movimientos carentes de finalidad, suscitados por los calambres del hambre. Debajo de él, sus piernas se movieron, pero había olvidado cómo caminar, y tuvo que arrastrarse hasta un arroyo cercano. Acuciante, el llamamiento de la sed era más fuerte que la amnesia. El granjero le encontró allí, medio ahogado a causa de su torpeza. Mientras le conducía hacia la granja, sus piernas comenzaron a aprender de nuevo el difícil arte de sostenerle, aunque estaban débiles y temblorosas.

El médico le había enviado a un psiquiatra. Días más tarde, las palabras empezaron a cobrar significado y las primeras frases volvieron a resultarle familiares. ¡Ah, sí, había aprendido rápido!... quedaban algunos canales neurológicos, aunque débiles, que facilitaron el trabajo de aprender. Le habían dicho que padecía de amnesia... No parcial, sino completa, que había borrado todos sus recuerdos con total determinación. Durante el año siguiente, se dedicó a almacenar en su mente vacía toda la información accesible en las bibliotecas y todas las extrañas relaciones entre los humanos que pudo atisbar. Se vio obligado a pensar a su manera, sin apenas relación con quienes le rodeaban. Esto tenía sus ventajas, claro. Pero no había lugar para amistades en aquella frenética búsqueda del conocimiento. Nunca se dio cuenta, hasta que la psiquiatra murió, de que le mantenían por caridad. Poco después descubrió que la vida se ganaba mediante el sudor de la frente.

Bueno, no había sido tan difícil, considerado en conjunto. Le habían analizado antes y le habían dicho que tenía facilidad para la mecánica, de modo que obtuvo trabajo en la fábrica de aviones de modo casi automático. Los otros hombres miraron al principio con fijeza su extraña figurita y rieron, con bromas bien intencionadas, que se transformaron en rencoroso disgusto ante su falta de respuesta a cosas que no alcanzaba a entender. No obstante, el trabajo le